



Revista de Ciencias Sociales (CI)

ISSN: 0717-2257

bernardo.guerrero@unap.cl

Universidad Arturo Prat

Chile

Alvear Atlagich, Fernando
GENEALOGIA DE UNA RUPTURA. EL PROCESO DE LA RENOVACIÓN SOCIALISTA
EN CHILE

Revista de Ciencias Sociales (CI), núm. 36, 2016, pp. 7-34

Universidad Arturo Prat

Tarapacá, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70847081002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

GENEALOGIA DE UNA RUPTURA. EL PROCESO DE LA RENOVACIÓN SOCIALISTA EN CHILE

Fernando Alvear Atlagich¹

El presente artículo expone los resultados de una investigación sobre la emergencia –hacia mediados de la década de los setenta- de los discursos y prácticas de la renovación socialista y de su posterior desarrollo hasta finales de la década de los ochenta. Como insumos en su elaboración se utilizaron tanto entrevistas a personajes claves del proceso, como la revisión de una parte de la extensa bibliografía del período. El trabajo concluye que las condiciones impuestas sobre el país por la dictadura militar condujeron a una modificación de la estrategia política de la élite político-intelectual que llevó a cabo la renovación y, con ello, a una transformación de las ideas que les servían de sustento, sin perder de vista que en la génesis del proceso concurren diversos factores y condiciones de posibilidad tanto del contexto nacional como internacional.

Palabras clave: Renovación socialista – Élite político-intelectual – Ruptura paradigmática – Dictadura Militar – Transición a la democracia.

This paper presents the results of an investigation about the emergence -by the mid-seventies- of the discourses and practices of socialist renovation and its further development until the late eighties. Interviews with key figures in the process and review of some of the extensive literature of the period were used in its elaboration. The paper concludes that the conditions imposed on the country by the military dictatorship led to a shift in the political strategy of the political-intellectual elite who conducted the renovation and thus, to the transformation of the ideas on which those strategies had based, without losing sight that in the genesis of this process various factors and conditions of possibility of both the national and international context participated.

Key words: Socialist renovation – Political-intellectual elite – Paradigmatic shift – Military Dictatorship – Democratic Transition.

¹ Sociólogo, Universidad de Chile. Master of Science in Political Sociology, London School of Economics. Correo electrónico: fernandoalvear2001@yahoo.com

1. INTRODUCCIÓN

El 11 de marzo de 2010 concluyeron dos décadas de mandatos presidenciales de la coalición política gobernante más longeva de la vida republicana de Chile, la Concertación de Partidos por la Democracia. Sus orígenes se remontan a la unión de dos, hasta el 11 de septiembre de 1973, tenaces adversarios, cuando no declarados enemigos: la Democracia Cristiana, principal representante del centro político desde la década de los sesenta, y los partidos de izquierda que conformaron la Unidad Popular, con la excepción, lejos de ser irrelevante, del Partido Comunista.

Este inusual vínculo, fracasado en otras latitudes, se gestaría en los años de la dictadura al alero de los múltiples procesos de transformación a los que se vio arrojada la sociedad chilena. Uno de los más importantes para el origen de dicha coalición y para el devenir político de Chile, fue el proceso de transformación ideológica que llevó a cabo la mayoría de la izquierda chilena², desde mediados de los años setenta, tanto en el país como en el exilio, y que implicó una profunda crítica a lo que habían sido hasta ese momento las estrategias, ideologías, metas y alianzas políticas que le habían dado sustento durante el siglo XX.

Dicho proceso fue conocido como la renovación socialista, en tanto implicó una redefinición del proyecto socialista en un nuevo marco de aceptación del ideario democrático liberal y de defensa de los derechos humanos, alejado de las posturas leninistas y del ámbito de influencia de los partidos comunistas que en aquel entonces detentaban el poder en diversas latitudes del mundo.

Sin embargo, aunque tal descripción puede ser correcta para buena parte del período, bien se podría afirmar que la magnitud de las transformaciones ideológicas que se pusieron en marcha llegaron a producir, en determinado punto, un quiebre con la misma idea socialista, en especial a partir de 1990, cuando la conducción económica, llevada tanto por demócratacristianos como por socialistas, se ceñiría a los cánones de la ortodoxia liberal renegando de las «desviaciones» estatistas y keynesianas de la política del pasado. Por este motivo, hablar en esos años de una renovación al interior del socialismo pierde todo sentido y se convierte en una idea obsoleta, en tanto el contenido de la renovación es ya a esas alturas la renuncia misma al proyecto del socialismo.

² En términos partidarios, la facción del Partido Socialista liderada en 1979 - año de la división orgánica del PS - por Carlos Altamirano, más otros tres partidos de izquierda que provenían de la DC: MAPU, MAPU-OC e Izquierda Cristiana. La otra facción del PS la lideraría Clodomiro Almeyda, ex Ministro de RR.EE. de Salvador Allende, la cual mantendría hasta fines de la década de 1980 su adscripción al marxismo-leninismo y una política de alianza con el PC.

Las consecuencias políticas de esta ruptura paradigmática son evidentes. La consolidación, tras la dictadura, del sistema capitalista en su vertiente más próxima al neoliberalismo y de una democracia política representativa en su versión más restringida, no puede entenderse sin hacer referencia a este proceso de distanciamiento progresivo de las categorías de análisis y de las metas políticas contenidas en la tradición marxista.

Ello dio pie a una situación inédita en el siglo XX e impensada hasta 1973, como es el consenso transversal de las principales fuerzas políticas respecto a un modelo de sociedad y de organización política. De este modo, hacia la década de 1990 habrían de quedar atrás una buena parte de las identidades, proyectos, y formas de hacer política de antaño. Se trizarían los grandes relatos y la política como epopeya de las grandes transformaciones sería sepultada. Nacería una nueva era de pragmatismo y «realismo» político bajo el imperativo de la gobernabilidad que habría de resguardar la frase más cara de nuestra Constitución política, que «Chile es una república democrática»³.

Este trabajo intenta dar cuenta de los múltiples factores y condiciones de posibilidad, tanto de la realidad chilena como internacional, que intervinieron en aquel gigantesco proceso de transformación ideológica. La reflexión apunta a señalar la existencia de una ruptura paradigmática, donde para ofrecer una explicación plausible de ésta no basta con remitirse a una historia de las ideas y a la racionalidad y concatenación lógica que pudiera haberla guiado, sino que también debemos hacer referencia a los cambios estructurales generados por la dictadura militar y que operaron como condicionamientos sociales de la élite político-intelectual de la izquierda. En pocas palabras, en la consideración analítica de los productos ideológicos de la renovación socialista no debemos perder de vista el vínculo de cada enunciado con las circunstancias excepcionales, propiciadas por la dictadura y el contexto internacional, en que la élite político-intelectual de la izquierda chilena se sostuvo para actuar políticamente y reflexionar teóricamente. Esto es, cruzada por la derrota de la experiencia de la Unidad Popular, influenciada por los trascendentales cambios que vivía el mundo y que cobraban especial eco a partir de los cuadros de la élite en el exilio, y por supuesto, perseguida políticamente, lo cual actuó como acicate, en una confusa amalgama de convicciones e intereses, para la búsqueda de una solución a su relación conflictiva con el poder por la vía del cambio del régimen político, es decir, lo que la recondujo desde la lucha por el socialismo a la lucha por la democracia.

Para orientar esta reflexión, además de la revisión de sólo una parte del enorme material bibliográfico del período, me remitiré al contenido de las entrevistas que

³ Artículo 4º, Constitución Política de la República de Chile.

realicé, entre el 15 de octubre de 2001 y el 27 de febrero de 2003, a varias de las principales figuras que, en su doble calidad de dirigentes políticos e intelectuales, lideraron en buena medida el proceso de renovación. Entre ellas contamos a 3 de los 4 secretarios generales del Partido Socialista en que se aglutinó la renovación, entre los años 1979 y 1990: Carlos Altamirano, Ricardo Núñez y Jorge Arrate. A ellos se suman el grupo de sociólogos y científicos políticos que, por el peso de sus contribuciones intelectuales, ocuparon un lugar destacado en este proceso, a saber: José Joaquín Brunner, Ángel Flisfisch, Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulián, Eugenio Tironi y Augusto Varas.

2. CRÍTICA DE LA UNIDAD POPULAR Y LA PERSPECTIVA DE ALIANZA CON LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Aunque enunciada hace ya más de 200 años, aún hoy se sigue utilizando aquella frase de Hegel «La lechuza de Minerva sólo emprende el vuelo a la caída de la noche», quizás por el simple hecho de que nos recuerda que el conocimiento y la sabiduría sólo son posibles cuando la realidad ya se ha desplegado, por trágico que, en muchos casos, ello parezca. Uno de esos casos es el Gobierno de la UP, cuyos errores estratégicos, teóricos, de conducción política, económica, etc., parecen emerger y convertirse en materia de discusiones, documentos y libros una vez que se decreta su fin y que el golpe de Estado sella su fracaso.

En los primeros años, serán diversas las miradas desde las cuáles se articulará dicha crítica. Una de ellas se hará desde visiones más ortodoxas argumentando el inevitable desenlace armado del proceso de construcción socialista (Altamirano, 1978). Desde el PC, por otro lado, se realizará una profunda crítica a la ultraizquierda y a aquellos sectores de la UP que habían abogado por una rápida implantación de la economía socialista. Para la perspectiva de la futura renovación socialista, la crítica de los sociólogos Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián, ligados ambos en distintos momentos al MAPU-OC⁴, hará hincapié en que la principal debilidad habría radicado en intentar una revolución socialista sin contar con las mayorías necesarias. En diversos libros y artículos de ambos autores será reiterativo el análisis del error que habría significado el no haber establecido una alianza con la DC y, por la vía de ella, con las capas medias. En este sentido, señala Garretón que,

⁴ El Partido MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria), nació en 1969 como una escisión de la juventud izquierdista de la DC. En marzo de 1973 sufriría una división orgánica, dando origen al MAPU Obrero Campesino (MAPU OC), partido con importante presencia de cuadros intelectuales del que provendrá parte importante de los teóricos de la renovación socialista.

«Las revoluciones de contenido si no se hacen con las revoluciones como método...tienen que contar con otra estrategia, que es el reemplazo de las armas, y el reemplazo de las armas en democracia se llama mayoría política. Y mayoría política en Chile se llamaba alianza con la DC, y no tenía ninguna otra cosa, no había otra manera de llegar a ser mayoría política porque la estructuración de los actores sociales en Chile se ha hecho siempre por la vía partidaria. No había una masa conquistable por debajo de los partidos»⁵.

Esta crítica no sólo se apartaba de las visiones que se referían a la necesidad de haber dotado de una defensa armada al Gobierno de la UP, sino que también suponía una crítica explícita a la estrategia de alianza de clases que la vertiente liderada por el PS había sostenido hasta 1973, en lo que había sido conocido como el Frente de Trabajadores, que señalaba a la clase trabajadora como exclusiva protagonista del proceso revolucionario.

La discursividad del período, por otro lado, y las estrategias de cambio que había utilizado la UP que, en muchos casos había supuesto «saltarse» las instancias parlamentarias y el principio de negociaciones y transacciones del sistema político, serían reseñados por estos sociólogos como cuestiones que habrían alienado a las capas medias respecto a la UP y propiciado su debilidad y caída.

Este análisis crítico habría de impulsar el proceso de renovación en ciernes. En primer lugar, si la alianza con la DC había sido evaluada como necesaria para el período de la UP, como parte de la estrategia para salir de la dictadura era considerada indispensable:

«La única posibilidad de salir de eso iba a ser la UP - así lo entendía uno todavía - con la DC...la idea que no hay futuro de la izquierda y futuro de una perspectiva socialista si no es con mayoría política y eso implica una coalición con las clases medias y los sectores progresistas...Yo digo que la idea de la coalición con la DC...para derrotar a Pinochet, es una idea que viene de la renovación socialista»⁶.

La centralidad que cobra la alianza con la DC, un partido de un origen ideológico muy distinto al marxismo, con un marcado sesgo anticomunista y una fuerte presencia en las capas medias, obligará a una reconversión de muchos discursos, así como de estrategias y políticas de alianzas de gran parte de la izquierda, de

⁵ Entrevista a Manuel Antonio Garretón realizada el 7 de enero de 2003.

⁶ Entrevista a Manuel Antonio Garretón realizada el 7 de enero de 2003.

modo de permitir o facilitar los acercamientos, concretamente, el énfasis en la democracia más que en el socialismo, el distanciamiento respecto del PC y la moderación general de las posturas políticas. Por supuesto, existía plena conciencia de ello en los partidos de izquierda, ya sea asumiéndolo como un proceso inevitable y necesario o resistiéndose a ello abiertamente. En las actas de las sesiones del Seminario de la Convergencia Socialista⁷, realizado en 1980 en la clandestinidad, la intervención de Carlos Portales resulta esclarecedora respecto a la primera postura:

«Concluir que no hay posibilidades de un capitalismo que acepte formas democráticas de sistema político, es...señalar que no hay, por lo tanto, sino una alternativa socialista para suceder al actual régimen, con lo cual nos estaríamos alienando a importantes sectores que si bien están en contra del régimen, no están tampoco por el socialismo. Con ello estaríamos consiguiendo reducir aún más el espacio de alianzas. Hay agentes políticos, como la DC, que no se tragan totalmente el modelo económico del régimen, pero tampoco tragan el socialismo»⁸.

Un aspecto interesante de esta cita es la manera de argumentar, en tanto las conclusiones son aceptadas o rechazadas en vistas de su adecuación con la perspectiva de alianza con la DC. En otras palabras, permite visualizar con claridad lo que hacia 1980 todos en la izquierda sabían en relación a las implicancias que tendría un acuerdo con la DC: que para que ello llegase a ocurrir, dada la debilidad de la izquierda, debía ser ésta quien realizara las mayores concesiones respecto de su proyecto político.

En ese marco, figuras como Edgardo Böeninger⁹ plantearán explícitamente la renovación ideológica de la izquierda como una condición necesaria para el inicio de cualquier proceso de convergencia entre ambos sectores políticos¹⁰.

Entre las exigencias más importantes y decisivas que plantearía la DC, se encontraba el aislamiento político del PC, lo cual contribuiría a acentuar el quiebre

⁷ La Convergencia Socialista será la estructura a partir de la cual los cuatro partidos involucrados en la renovación intentarán el desarrollo de una línea política común y la búsqueda de nuevas formas orgánicas que agrupen a las distintas fuerzas socialistas.

⁸ "Acta de la cuarta sesión del Seminario de la Convergencia Socialista", p. 8; Santiago, Mayo de 1980. Documento sin publicar facilitado por Enzo Faletto.

⁹ Militante DC, Rector de la U. de Chile entre 1969 y 1973 y Ministro Secretario Gral. de la Presidencia del gobierno de Patricio Aylwin, considerado muchas veces como el ideólogo de la transición a la democracia.

¹⁰ Entrevista a Ángel Flisfisch realizada el 15 de octubre de 2001.

entre este partido y las fuerzas que habían iniciado la renovación, como bien lo recuerda Augusto Varas, sociólogo, en esos años, del MAPU-OC:

«El problema era la DC con una posición absolutamente radical, a fondo anticomunista. Era entonces imposible una Concertación más el PC o una UP más la DC. Algo tenía que pasar y el hilo se cortó por lo más delgado, se cortó por el lado del PC»¹¹.

En el contexto internacional, la perspectiva de esta alianza se tornaría aún más plausible, o aceptable, a partir de las reflexiones que Enrico Berlinguer, máximo dirigente del PC italiano (PCI) durante la década de 1970, había hecho a fines de 1973 a propósito del golpe de Estado que había ocurrido en Chile. En tres artículos que se publicaron en *Rinascita*, la revista teórica del partido, Berlinguer plantearía su tesis del compromiso histórico, en que abogaba por la alianza entre la izquierda y la DC para resolver la crisis social y política que atravesaba Italia. Según dicha tesis, para hegemonizar en sociedades complejas no bastaba con la mayoría electoral, sino que se requería una acumulación de fuerzas mucho mayor, de modo que la alianza con la DC se planteaba como de largo plazo y no meramente coyuntural.

Aunque dicha alianza jamás prosperaría en Italia, ella daría un «paraguas» teórico y político para aquellos sectores - minoritarios en un principio - de la izquierda en Chile que postulaban la alianza con la DC en términos un tanto más amplios que los planteados por el PC chileno a través de su propuesta del Frente Antifascista, que buscaba reunir a todas las fuerzas de la oposición bajo el objetivo común de la derrota de la dictadura, pero no se planteaba la posibilidad de compartir con todas ellas un proyecto de sociedad.

3. EL DEBILITAMIENTO DEL PARTIDO COMO MEDIO DE CONTROL DISCURSIVO

Determinadas condiciones de posibilidad permitieron que las tempranas críticas de los intelectuales a la UP y la izquierda llegaran a hacerse paso, a pesar del rechazo que los primeros indicios de renovación recibieron entre las direcciones políticas de los partidos que en ese tiempo aún formaban parte de la UP. Quizás la principal fue precisamente la brutal embestida de la dictadura contra los partidos de izquierda. En su conjunto, éstos componían un sistema de fronteras discursivas claramente delimitadas donde circulaba y se reproducía el paradigma marxista,

¹¹ Entrevista a Augusto Varas realizada el 21 de enero de 2003.

siempre bajo el férreo control del partido. Dichas fronteras, por lo tanto, contribuían a impedir la disolución o fuga teórica.

En ese sentido, el paradigma marxista cumple la particularidad de establecer su sistema de fronteras a partir de los límites establecidos por el partido, subordinando, entre otros espacios, a la comunidad académica o científica: «El partido es el sujeto teórico que hace circular y asegura la validación del saber. En ese esquema las categorías de verdad, de ortodoxia o de clasicismo son definidas por el partido, no por la comunidad de científicos» (Moulián, 1993:131). La organización partidaria refuerza los procedimientos de control del discurso, de modo tal que se configura una ortodoxia, y se condena todo aquello que cae fuera de los límites establecidos, es decir, lo heterodoxo. Se configura así un sistema de exclusión que sanciona con respecto a la verdad o la falsedad de las producciones simbólicas.

De este modo, cuando los partidos son casi destruidos por la dictadura y, por lo mismo, sus fronteras y sistema de límites discursivos debilitados, las posibilidades de una fuga teórica están dadas. Al perder relevancia los partidos en la acción política y en la producción y circulación simbólica, pierden también relevancia los procedimientos de control del discurso. El control sobre los militantes se hace más débil y éstos, a su vez, cobran mayor autonomía. Las categorías de ortodoxia y de heterodoxia dejan de tener todo el poder sancionador que otorgaba la institución del partido. Se abrían así las puertas para la crítica no sólo del período de la UP, sino de las estrategias clásicas de la izquierda, de los actores que se privilegiaban desde el marxismo y, más adelante, de la mayor parte de sus premisas.

Las circunstancias propiciadas por la dictadura significaron la autonomización del rol del intelectual respecto del partido, un proceso que para Moulián ocurre tempranamente tras el golpe:

«Empecé a escribir inmediatamente después del golpe, en la noche lo escondía en el techo de la casa, y fue como recuperar el oficio de intelectual, el oficio de pensar, porque nosotros habíamos vivido la militancia como obreros de la causa, quien pensaba era la dirección, era el partido en su conjunto el que pensaba, y me puse entonces a escribir historias»¹².

En estos primeros años de escasa presencia partidaria – situación que se prolongará hasta 1983 - los intelectuales ven modificada su posición en dos aspectos. Primero, en términos de la pérdida de su posición de cierto privilegio en el espacio social tras el golpe, y segundo, en términos de la centralidad que

¹² Entrevista a Tomás Moulián realizada el 13 de diciembre de 2002.

adquieren como sujeto político en el ámbito de la oposición a la dictadura producto del vacío dejado por los partidos políticos:

«El sector intelectual tiene durante mucho tiempo una situación de privilegio como sujeto político. Las condiciones de la represión y atomización social afectaron mucho más a las orgánicas partidarias y a las organizaciones sociales populares...las condiciones del régimen autoritario permiten que el sujeto político opositor que se constituye sea precisamente el intelectual» (Baño, 1985:118).

El rol político preponderante que asumirán los intelectuales, especialmente los científicos sociales desde centros académicos como FLACSO, será de vital importancia para el avance de la renovación socialista, proceso al cual con posterioridad, a fines de los 70, ingresarán plenamente las orgánicas partidarias.

4. EL GOLPE DE ESTADO, LA DICTADURA Y LA ARTICULACIÓN EN TORNO A LA DEMOCRACIA

El cataclismo que significó el golpe de Estado de 1973 y la represión posterior tuvieron la capacidad de remecer en muchos sus profundas convicciones, mientras la idea de que había que pensar de nuevo iba tomando fuerza a medida que se interiorizaba que, dado el desenlace de las cosas, algo debía estar mal con el paradigma. Flisfisch describe ese momento como anomia: «...ese tipo de historias te dejan en la anomia, sin patrones de comportamiento, sin orientación, salvo las urgencias inmediatas»¹³. Es posible concebir que este remezón actuara en muchos intelectuales y dirigentes políticos como una condición de posibilidad, en tanto creó las condiciones propicias para que más adelante llegaran a anidar otras ideas.

Entre las actitudes psicológicas que allí emergieron, se encuentran el sentimiento de responsabilidad y de culpa por la conducción política que se había hecho del país durante la UP y que había desembocado en el golpe. El espectro de críticas y autocríticas fue variado, pero en muchos se fue instalando la idea de que de aquí en más se debía ser «políticamente responsable», entendiendo por ello la moderación política y el ajuste de la estructura de ideales a las fronteras de lo posible de acuerdo al designio del sistema político, es decir, el pragmatismo. Acudiendo a antiguas denominaciones, se podría hablar de una especie de triunfo de la "ética de la responsabilidad" por sobre la "ética de la convicción".

¹³ Entrevista a Ángel Flisfisch realizada el 15 de octubre de 2001.

Ante la pregunta sobre por qué permaneció en Chile después del golpe de Estado, lo reseñado en el párrafo anterior es señalado explícitamente por Flisfisch:

"Había una deuda que saldar. Después, en la reflexión posterior al 73, siempre me sentí, tuve un sentimiento de culpabilidad, pese a que realmente protagonismo no había tenido ninguno...y además ese sentimiento de que intelectualmente había que ser responsable, uno no podía volver a repetir lo de antes, esta historia absolutamente lúdica, fría, en que las ideas simplemente son historias que tú manejas intelectualmente, articulas unas con otras, y buscas una manera, en lo posible, más brillante de exponerlas, que la retórica es muy importante. Bueno, hubo una actitud bien autocrítica con respecto a eso, y es mi convicción hasta hoy, de que hay una responsabilidad intelectual, hay una responsabilidad académica, que va más allá de respetar las reglas del juego, y que tiene que ver con los contenidos que investiga."¹⁴.

Eugenio Tironi desliza una autocrítica similar, pero esta vez referida a la visión que tuvo el 11 de septiembre sobre lo que había ocurrido con la UP: "Yo ese día, mi primera reacción no fue 'qué injusta es la vida con nosotros', sino 'qué cantidad de huevás hicimos y cuán culpables somos nosotros'..."¹⁵.

Fue esta actitud la que llevó a muchos líderes y figuras intelectuales de la izquierda a aceptar años más adelante sin mayores contradicciones el concepto de gobernabilidad, teñido de evidentes tintes neoconservadores. Lo que en cualquier otro momento habría sido considerado contradictorio con la idea de transformación estructural a través de la agitación de masas, propia del ideario socialista, para una generación que había asumido la hipermovilización social como uno de los factores que habían conducido al trágico desenlace, la gobernabilidad no sólo no parecería un concepto ajeno, sino del todo adecuado como principio a respetar en el proceso de recuperación democrática.

Pero volvamos atrás. Desde esta anomia generada por el impacto del golpe y producto de la experiencia de la dictadura y sus brutales métodos represivos, se producirá en la izquierda una revalorización de la democracia y de los derechos humanos (DD.HH), marcando así el principal conflicto o contradicción en

¹⁴ Entrevista a Ángel Flisfisch realizada el 15 de octubre de 2001.

¹⁵ Entrevista a Eugenio Tironi realizada el 27 de febrero de 2003.

dictadura, aquel entre democracia y autoritarismo¹⁶. Ello obligará a ajustar cuentas con aquellos aspectos del pensamiento de la izquierda que entraban en conflicto con una valoración sustantiva, y ya no meramente instrumental, de la democracia, así como de la noción de DD.HH. universales, provenientes de la tradición liberal y que formaban parte del discurso crítico que enarbolaba Occidente contra la Unión Soviética y las experiencias socialistas: «...después de muchos años la izquierda aceptó el concepto de derechos humanos, la palabra DD.HH. era una mala palabra para la izquierda, era la ofensiva de Carter contra la Unión Soviética, era guerra fría»¹⁷. Cabe señalar que para la tradición marxista, los DD.HH. universales pregonados por el liberalismo no eran más que los derechos del miembro de la sociedad burguesa que, como individuo egoísta, concibe la libertad de manera aislada de los demás hombres y, en el caso del derecho de propiedad, busca el goce del patrimonio sin considerar a los demás hombres (Marx, 1969:50).

Por lo tanto, se trataba de un concepto hostil que, para ser asimilado, debía producirse un reacomodo del andamiaje teórico. Para algunos, ello se habría logrado con éxito en la argumentación específicamente socialista que postula la preferencia por la democracia como forma de organización política. Para otros, como Tironi, el marxismo y los DD.HH resultaban sencillamente incompatibles:

«Piensa tú que la gran mayoría de los viejos cuadros de izquierda, uno asume el discurso de los DD.HH en el '73, '74, '75, y eso es una trastocación completa de lo que era su ortodoxia. Al principio creo que la gente trató de, había una suerte de esquizofrenia, pero al final del día terminó imponiéndose el desafío de los DD.HH...No es compatible la dictadura del proletariado, la lucha del proletariado, con los DD.HH como valor esencial»¹⁸.

4.1. DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

La tematización o producto teórico-político más importante de la renovación socialista, fue la imbricación teórica entre democracia y socialismo que, sin embargo, dado el giro hacia la consolidación del capitalismo neoliberal que tomó el proceso político chileno, yace hoy en el más absoluto olvido.

¹⁶ Para Rodrigo Baño, los conflictos centrales durante la dictadura son: 1º Democracia v/s Autoritarismo 2º Diversos sectores en el poder y 3º Entre proyectos socioeconómicos. Ver, Baño, Rodrigo, *De Augustus a Patricios, la última (do)cena política*, Santiago de Chile, Editorial Amerinda, 1992 p.123.

¹⁷ Entrevista a Augusto Varas realizada el 21 de enero de 2003.

¹⁸ Entrevista a Eugenio Tironi realizada el 27 de febrero de 2003.

La articulación en torno a la meta de la democracia demandó una ardua tarea en el plano teórico por parte de los intelectuales de izquierda que iniciaban el proceso de renovación, todos quienes habían formado parte de partidos que en su definición doctrinaria se declaraban *marxista-leninistas*. Para Moulián,

«La elaboración de una teoría democrática del socialismo desde dentro del marxismo requería “arreglar cuentas” con el marxismo leninismo, especialmente con la noción de dictadura del proletariado y con cualquier resabio que pudiera justificar la necesidad de un régimen despótico. Realizar esa operación era indispensable para dotarse de “armas ideológicas” en la crítica contra el régimen militar» (Moulián, 1993:151).

De este modo, el leninismo fue el blanco predilecto y temprano de los intelectuales, cuyo objetivo teórico y político inicial consistió en imbricar democracia y socialismo al interior de las fronteras del paradigma marxista. Por este motivo, la lectura de Gramsci cobró gran importancia, pues la reflexión sobre la democracia exigía reclamar cierta autonomía de los fenómenos de la política respecto de las relaciones de producción, lo cual era posible a través de Gramsci sin perder la pertenencia al marxismo. A partir de la noción de *hegemonía*, era posible sacudirse de los esquemas simplistas y mecanicistas de relación entre las estructuras económicas y las superestructuras ideológicas, al menos de modo suficiente como para dar cuenta de las estructuras políticas como algo más que un epifenómeno del modo de producción imperante.

Ahora bien, este quiebre con el leninismo y la dictadura del proletariado en el plano teórico, suponía también una crítica a los regímenes socialistas que se inspiraban en dichas ideas. En ello jugarían un papel clave los miembros de la élite político-intelectual de la izquierda que vivieron parte de su exilio en países socialistas. Jorge Arrate se referirá así a su experiencia de dos años en la RDA:

«Era una dictadura que no se avenía con mi concepción de socialismo...[también] tenía méritos, o sea, la RDA era un país igualitario, nadie se moría de hambre, pero era una dictadura de Estado policial...y eso impactó mucho a los chilenos, no sólo a mí, sino que impactó a todos los que tuvieron la experiencia en Rumania, la RDA, en la Unión Soviética, en general todos los países socialistas, con la excepción de Yugoslavia»¹⁹.

Producida la desvalorización de las prácticas represivas, ya sea en dictaduras capitalistas o socialistas, el binomio democracia-socialismo quedará establecida

¹⁹ Entrevista a Jorge Arrate realizada el 26 de diciembre de 2002.

como principal idea política de los intelectuales de la renovación y luego, a propósito de la división del PS en 1979, como el proyecto político de los cuatro partidos que iniciarán un proceso de convergencia. Así lo señala Jorge Arrate en una entrevista concedida en Roma en 1979:

«...el problema central de Chile es superar el capitalismo. En el momento actual dicho problema tiene una expresión manifiesta en el antagonismo despotismo-democracia, pero la solución de éste mediante una fórmula política que restablezca la democracia no agota nuestra compleja problemática. Nuestra propuesta al pueblo de Chile...debe necesariamente abordar el problema de la democracia y del socialismo» (Arrate, 1983:37).

Flisfisch, por su parte, entregará argumentos específicamente socialistas para señalar a la democracia como el régimen político deseable tanto en contextos capitalistas como socialistas. El esfuerzo teórico apunta a demostrar que no es necesario claudicar de las premisas marxistas o reconocer como superiores tradiciones teóricas como el liberalismo para argumentar a favor de una valoración sustantiva del régimen democrático. En este sentido, va a señalar que, desde la tradición ilustrada, la democracia apunta a la emancipación de las formas de dominación política y culturales que limitan la expansión de los ámbitos de autonomía personal, indicando que «para el socialismo la carencia de autonomía personal se relaciona no sólo con esa dimensión autoritaria, sino también con una dimensión material o económica» (Flisfisch, 1991:227). Por lo tanto, «Una justificación específicamente socialista de la democracia como buen orden político tiene que apelar a argumentos referidos a esa dimensión material del proceso de emancipación humana» (Flisfisch, 1991:228). De este modo, la democracia sería el orden político deseable, en tanto establece condiciones favorables para la eliminación de la explotación de estatus y para la eliminación de explotación que, de acuerdo al grado de desarrollo de las fuerzas productivas, se ha tornado socialmente innecesaria (Flisfisch, 1991).

4.2. LAS CONDICIONES DE POSIBILIDAD DEL PARTIDO SOCIALISTA Y LAS DIFICULTADES DE LA RENOVACIÓN EN EL PARTIDO COMUNISTA

Más allá de las clásicas referencias a la importancia de los intelectuales vinculados a los MAPU para la renovación, que, por cierto, la tuvieron, es en el PS donde ésta logra articularse y cobrar fuerza política. En ningún caso puede asumirse esto como una derivación obvia, si es que uno se detiene a observar el panorama ideológico del PS entre 1967 y 1973, período marcado por la

hegemonía del leninismo, el rechazo – en gran medida retórico – de la vía electoral para acceder al poder, el escepticismo sobre la «vía chilena al socialismo» y los fuertes nexos con la ultraizquierda, representada por el MIR.

Así, podría parecer que los contenidos embrionarios de la renovación guardaban una mayor relación con el que había sido el actuar del PC que con el del PS, pero ello es sólo un espejismo. Para comprender este fenómeno se requiere una visión de largo plazo que dé cuenta de las características históricas de cada partido, las cuales posibilitaron que en uno de ellos se articulara la renovación, y que en el otro se viera obstaculizada cualquier propuesta «revisionista».

En primer lugar, la ruptura del PS renovado con la herencia leninista fue un ejercicio bastante más fácil de lo que podía significar en el PC, donde el leninismo representaba una tradición de más de 50 años, fuertemente anclada en la militancia a través de sus escuelas de cuadros. En el PS era sólo uno de los influjos ideológicos que éste había albergado desde su fundación en 1933, entre los cuales se encuentran el anarquismo, la masonería, el trotskismo, y experiencias nacional-populares latinoamericanas como el peronismo de Argentina o el APRA de Perú.

Este complejo abanico ideológico daba cuenta de una amplitud discursiva en el PS que se debía a la heterogeneidad de sus bases sociales, haciendo de él una alianza social en sí mismo. Ello contrastaba con la base social más homogénea del PC, conformada mayoritariamente por la clase obrera industrial y el proletariado minero, lo cual contribuía a una mayor disciplina ideológica. También podría señalarse al respecto, la distinta organización interna de cada partido. Mientras el PS se dividía en seccionales territoriales integrando a sectores de por sí heterogéneos, el PC siempre se articuló en base a células caracterizadas por su homogeneidad que reunían a los miembros del partido que tenían un mismo lugar de trabajo o de estudio²⁰. Con todo, dadas estas características del PS, su militancia, al menos la más ilustrada, albergará menores resistencias para la adopción de nuevos enfoques.

Entre los referentes ideológicos que habían formado parte de la historia del PS, habría uno que impactaría fuertemente en el proceso de renovación: la idea de socialismo democrático preconizado por Eugenio González - destacado militante e intelectual que provenía del anarquismo - en el programa de 1947. Más allá de la influencia que su pensamiento pudiese haber tenido en Salvador Allende, se trataba de un referente en gran parte olvidado hacia 1973, tal como señala Ricardo Núñez:

²⁰ Ver la descripción de "la sección" y "la célula" que hace Maurice Duverger en "Los partidos políticos", páginas 53-66; Fondo de Cultura Económica Ltda., Santafé de Bogotá, Colombia, 1994.

«Yo diría que Eugenio González no formaba parte de las clases de historia del PS en los '60 y '70...era el gran olvidado...obviamente que muchos nos inspiramos en ellos...Eugenio González fue la única expresión que el PS tuvo en los '40 y '50 de un intento de generar una simbiosis entre democracia y socialismo»²¹.

A pesar de ello, su existencia en la historia del partido permitirá asumir el giro teórico de la renovación sin poner en peligro la identidad partidaria. Específicamente, permitía sostener que el proceso de renovación no suponía una traición a los ideales del partido, sino por el contrario, un retorno a lo que habían sido sus valores fundamentales. En otras palabras, su recurrente invocación en este período operó como un “arma ideológica” en manos de los sectores de la renovación en el marco de su disputa por la hegemonía con los demás sectores de la diáspora socialista:

«...la renovación no consiste en adulterar el socialismo chileno, como han sostenido algunos. Por el contrario, se trata de liberar al socialismo chileno de las ataduras dogmáticas, falsificación ineficaz de nuestra naturaleza política revolucionaria y original. Renovarse significa hoy para los socialistas recuperar el patrimonio teórico contenido en nuestra Acta de Fundación, nuestro Programa de 1947, aún vigente» (Arrate, 1983:69).

Finalmente, la relación histórica de subordinación a la URSS del PC chileno, sumada a la férrea disciplina partidaria que no admitía actitudes críticas respecto a la experiencia soviética (Ottone y Muñoz, 2008:37 y 42), actuarán como factores que imposibilitarán la renovación al interior de éste, mientras que la tradición de crítica del PS hacia el comunismo soviético facilitó tanto su distanciamiento definitivo de aquella vertiente ideológica como la adopción de los enfoques de la renovación, tal como señala Arrate:

«...nosotros teníamos un patrimonio preexistente, o sea, para mí leer a Gramsci no me daba el mundo totalmente vuelta, o leer las críticas de Berlinguer a la URSS, para nada, yo venía de un partido anti soviético, había sido criado por los anarkos, por los troskos, toda esa tradición troska del PS, anti estalinista, anti burocrática»²².

²¹ Entrevista a Ricardo Núñez realizada el 16 de enero de 2003.

²² Entrevista a Jorge Arrate realizada el 26 de diciembre de 2002.

5. EL CONTEXTO INTERNACIONAL DE LA RENOVACIÓN

La transformación de la izquierda chilena, con las excepciones indicadas, ocurrió en el marco de un proceso de profundas transformaciones globales que afectarían la capacidad de sobrevivencia del paradigma marxista. Mientras en Occidente el devenir político y las transformaciones en curso del capitalismo ponían en cuestión al marxismo como método de interpretación de la realidad, la crisis que atravesaban los países socialistas ponía en entredicho la realización de la organización social que proclamaba estar inspirada en su pensamiento.

Hacia la década de 1970 comenzaban a hacerse evidentes las limitaciones de la planificación centralizada en el terreno económico y el malestar de la población por el autoritarismo que caracterizaba a los regímenes socialistas. Moulián entrega algunas pinceladas del influjo de estos procesos:

«...la renovación socialista se emprendió en un momento en que ya se hacía evidente la crisis de uno de los más fecundos pensamientos progresistas del siglo, el marxismo... ya que no se avanzaba en superar el capitalismo en el terreno económico ni en crear sociedades más igualitarias, sin pobreza ni privilegios...En la base de estos procesos existió un deterioro de la capacidad de seducción de los socialismos reales, exacerbada después de la invasión de Afganistán y de la situación polaca» (Moulián, 1993:150).

Estos procesos alimentaban las críticas a los países socialistas que se realizaban desde la izquierda europea occidental, tanto en las grandes figuras intelectuales, como en los partidos socialdemócratas y comunistas. En este último caso, especialmente en los partidos comunistas italiano, francés y español, en lo que fue conocido como eurocomunismo. Esta corriente se caracterizaría por un fuerte distanciamiento del Partido Comunista de la URSS (PCUS) y de la experiencia concreta de los “socialismos reales”. Altamirano da cuenta de su influencia en la izquierda renovada chilena en el exilio:

«Nos impresionaba mucho la gran reforma intelectual y moral que estaba ocurriendo en el PCI...una revolución semejante estaban viviendo los comunistas españoles, y tocaba que el principal líder del comunismo español era Carrillo...y Carrillo me buscó a mí cuando me trasladé a vivir a París, y ahí teníamos muchas conversaciones y reuniones...Todos estos fenómenos nos impactaban y los vivíamos a diario, comprábamos las revistas, los diarios de los comunistas franceses e italianos,

convivía prácticamente con los comunistas españoles, y obviamente con los socialistas españoles»²³.

A este proceso de renovación de las fuerzas políticas de la izquierda europea, se sumaban las elaboraciones de destacados intelectuales de la filosofía y las ciencias sociales, que configuraban el contexto intelectual de los países en que se encontraban radicados muchos de los dirigentes e intelectuales de la izquierda chilena. Entre ellos, los filósofos posmodernos, como Jean Baudrillard y su crítica al materialismo histórico, las críticas al marxismo de Norberto Bobbio, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, los teóricos de la sociedad postindustrial como André Gorz y obviamente Alain Touraine, quien además destacaba como teórico sobre los movimientos sociales, la institucionalización del conflicto y la transformación no revolucionaria (Baño, 1985). También Jürgen Habermas y la importancia que le otorgó al lenguaje y la comunicación por sobre el trabajo.

Ahora bien, no sólo el devenir de los países socialistas planteaba problemas para el marxismo y el ideario socialista, sino también lo que ocurría en el Occidente capitalista, donde se vivía una crisis del modelo de desarrollo que había puesto al trabajo como vínculo social primordial por medio del cual se accedía a la distribución de la riqueza en el marco de una ciudadanía política, social y económica. La crisis y descentramiento del trabajo, que apuntaba a la pérdida de importancia de éste en la constitución identitaria de los individuos en favor de ámbitos como el consumo, unido de la tercerización de la economía y de la reducción del peso de la industria y de un núcleo obrero estable, desfiguraban la visión canónica del conflicto de clases y ponían en entredicho la posibilidad de pensar al movimiento obrero como portador de un contra proyecto político y social.

Por otro lado, los convulsos años sesenta habían resquebrajado el «arreglo de clases» sobre el que descansaba este modelo de desarrollo. Frente a la hipermovilización social vivida, el pensamiento neoconservador, con una renovada visión escéptica de la democracia de masas, cobraba nuevos bríos, mientras que el neoliberalismo, con sus ideas de repliegue estatal, desregulación financiera, flexibilidad laboral y competencia entre agentes económicos como relación social predominante, se erigiría como alternativa ante la crisis de las políticas keynesianas, del Estado de bienestar europeo, y de las políticas que apuntaban a la protección del trabajo asalariado y el pleno empleo.

Finalmente, el conocimiento por parte de la izquierda chilena exiliada en Europa de los sistemas de protección social construidos en buena medida bajo la tutela de partidos socialdemócratas, incidiría fuertemente en la revalorización de dicha corriente política, tal como lo señala Altamirano:

²³ Entrevista a Carlos Altamirano realizada el 2 de diciembre de 2002.

«Yo al entrar a convivir, a recibir el apoyo de la socialdemocracia europea...comencé a ver también el otro lado de la medalla y a ver cuál era el aporte de esa corriente socialista en Europa, en el mundo en consecuencia: el aporte en la creación del Estado de bienestar europeo...empezamos a no mirar tan en menos este Estado de bienestar y esta lucha histórica de la socialdemocracia europea...en pro de mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora y de los pueblos europeos»²⁴.

6. LA POLÍTICA CUPULAR, LOS INTERESES DE LA ÉLITE POLÍTICO-INTELLECTUAL Y EL ABANDONO DEL SOCIALISMO

Según Bourdieu,

«Recordar que las ideologías están siempre doblemente determinadas – que deben sus características más específicas no solamente a los intereses de las clases o de las fracciones de clase que expresan...sino también a los intereses específicos de los que las producen y a la lógica específica del campo de producción...– es darse el medio de escapar a la reducción brutal de los productos ideológicos a los intereses de las clases que ellos sirven..., sin sucumbir a la ilusión idealista que consiste en tratar las producciones ideológicas como totalidades autosuficientes y auto-engendradas susceptibles de un análisis puro y puramente interno (semiología)» (Bourdieu, 2000:70).

En otras palabras, en el análisis de la renovación socialista no sólo debemos poner atención al conflicto de clases o bloques sociales, tal como se expresaba en dictadura, sino también a los intereses de los productores simbólicos implicados, esto es, de la élite político-intelectual de la izquierda. Esto no significa suponer que la renovación socialista pueda explicarse únicamente por dichos intereses. La hipótesis, en este sentido es, que los intereses materiales y simbólicos específicos de la élite político-intelectual de la izquierda contribuyeron, junto a otros factores, a potenciar la transformación ideológica y el recambio de posturas políticas.

²⁴ Entrevista a Carlos Altamirano realizada el 2 de diciembre de 2002.

El fin del juego electoral y las condiciones de represión impuestas por la dictadura produjeron un corte abrupto de los canales de comunicación de la élite política de la izquierda con los sectores sociales que tradicionalmente había representado. Allí donde se establecían canales abiertos, formales e informales, de comunicación e interacción, se establecerían vínculos clandestinos y esporádicos que contribuirían a consolidar una de las características más importantes de la política en dictadura: su carácter cupular. La escena de la actividad política quedó reducida, especialmente en los primeros 10 años, a una interacción entre las distintas élites político-intelectuales. Esta situación se vio en cierto modo modificada a partir de 1983, con la emergencia de las protestas y un recobrado protagonismo del movimiento popular urbano. Sin embargo, no fue suficiente para revertir la tendencia. Un movimiento sindical de escasa afiliación y que operaba bajo fuertes restricciones y un movimiento poblacional cuya organización no era capaz de trascender el espacio local, sumado a procesos electorales que se remitían únicamente a los espacios universitarios y de colegios profesionales, no representaban elementos que pudieran alterar este carácter de la política.

Con todo, el efecto más significativo de esta dinámica cupular fue la introducción de una fisura entre los intereses de la mayoría de la élite político-intelectual de la izquierda y los sectores sociales que representaba. Aunque el establecimiento de esta distancia, en tanto profesionalización de la política u *oligarquización* de la misma, también se da en democracia, los procesos electorales, con el consiguiente establecimiento de vínculos y compromisos, al menos hasta 1973, impedían que ella tomara los ribetes alcanzados durante la dictadura.

Las bases sociales perderán importancia en el direccionamiento que tomarán los enunciados ideológicos en formación. En efecto, si asumimos que la adhesión de los productores ideológicos a un determinado paradigma se debe, en alguna medida, a la posibilidad de éstos de obtener recompensas simbólicas y/o materiales a partir de sus discursos y/o producciones intelectuales, la pérdida de capacidad de dichas bases sociales para proveer tales recompensas a través del sistema de representación del régimen democrático las tornará menos relevantes para la élite político-intelectual al momento de afrontar éstas decisiones sobre determinados caminos y metas políticas, así como respecto a definiciones ideológicas. Sin embargo, ello no significa que no jugaran papel alguno, como lo indica Moulián: «En su operación crítica [los productores del socialismo renovado] dejaron de considerar que el marxismo era la ciencia única de la historia, pero siguieron adheridos a esa identidad, por el papel que le atribuían dentro del mundo popular» (Moulián, 1993:153).

Paralelo a esta pérdida de importancia de las bases sociales como «público» privilegiado hacia el cual se dirigen las producciones simbólicas de la élite político-

intelectual de la izquierda, cobrarán preeminencia otros públicos, élites o actores: la Iglesia Católica, el centro político representado por la DC, las organizaciones sociales vinculadas a las capas medias, la comunidad intelectual o de las ciencias sociales a nivel internacional y todas aquellas organizaciones que jugaron un papel indispensable para la sobrevivencia y resguardo de la persecución tanto en Chile como en el extranjero, esto es, agencias financieristas internacionales como Ford Foundation o Friedrich Ebert Stiftung, por nombrar a dos de las más visibles, y los gobiernos y partidos socialdemócratas (y comunistas ligados al eurocomunismo) de Europa Occidental. Un claro ejemplo de ello será el Instituto para el Nuevo Chile, dirigido por Arrate, en tanto principal centro de pensamiento del socialismo renovado en el exterior y punto de encuentro para las élites político-intelectuales del interior y del exilio, el cual fue financiado durante toda su existencia por el gobierno holandés, por iniciativa, fundamentalmente, de la socialdemocracia holandesa.

Para los intelectuales en Chile, aquella solidaridad internacional era indispensable. En el caso de FLACSO, ésta se financiaría en un 100% a partir de fondos del exterior reuniendo, en promedio, en los años en que fue dirigida por Brunner, del orden de 1 millón de dólares anuales para trabajos académicos²⁵, considerando un plantel de alrededor de 30 personas entre investigadores y funcionarios administrativos. Evidentemente, ello situaría los trabajos de los intelectuales chilenos bajo el escrutinio y exigencias de la comunidad académica internacional, obligando a los científicos sociales en Chile a incrementar la calidad de sus producciones y a poner atención a las dinámicas de reformulaciones teóricas que se producían en el campo internacional de las ciencias sociales, con evidentes repercusiones políticas.

En este punto, se haría evidente la mayor cercanía con la socialdemocracia y sectores progresistas afines y, a su vez, el distanciamiento profundo con los países socialistas, como indica Brunner:

«Nunca hubo ni dineros cubanos, ni dineros alemanes orientales...éramos ideológicamente bastante menos bien vistos por el bloque soviético. Éramos ya críticos de la URSS, éramos críticos de las estrategias del PC, habíamos empezado un rápido proceso de revisionismo ideológico, ya a esa altura éramos todos bastante gramscianos, bastante cercanos al PCI ideológicamente, muy entusiasmados con los movimientos socialdemócratas de renovación socialista en Europa»²⁶.

²⁵ Entrevista a José Joaquín Brunner realizada el 22 de enero de 2003.

²⁶ Entrevista a José Joaquín Brunner realizada el 22 de enero de 2003.

La necesidad de estrechar vínculos y acercar posiciones con estos nuevos públicos, cruzados a su vez por sus propios procesos de transformación ideológica, presionará respecto a la dirección que habrían de seguir las producciones de la renovación socialista. Tales vínculos consistían en el establecimiento de las alianzas sociales y políticas necesarias para el logro del objetivo común a toda la élite política que había sido despojada del poder el 11 de septiembre de 1973: la recuperación de la democracia en tanto forma de resolver la relación conflictiva con el Estado y el poder que se vivía bajo dictadura. Evidentemente, en la consecución de dicha meta política representaban a gran parte de la población, en tanto las condiciones tornaban imperativo considerar como objetivo político primario el poner término a las formas más graves de la dominación que habían impuesto los militares, cuestión sólo posible por la vía del retorno a un régimen democrático.

Sin embargo, la articulación en torno a la democracia podía ser realizada al interior de diversas constelaciones paradigmáticas, adquiriendo ésta, por lo mismo, distintos significados. Por este motivo, las inclinaciones teóricas y los intereses en juego en tanto posición ocupada respecto a los conflictos sociales en curso, de quienes se harán cargo de dicha reflexión, se tornarán cruciales, pues al conflicto central en dictadura entre democracia y autoritarismo debía añadirse aquel entre distintos proyectos socioeconómicos articulados por sectores sociales o clases sociales distintas. Será principalmente a este último conflicto al que deberán atribuirse las dificultades experimentadas por la oposición para articularse de forma unitaria en torno a la democracia. La toma de posición, tanto de la élite político-intelectual de la izquierda renovada, como de la DC, respecto de dicho conflicto, determinará el curso de la renovación socialista.

En primer lugar, cabe señalar que, para la élite político-intelectual de la izquierda, en la recuperación del régimen democrático se jugaba además, su propia posición en el espacio social global, pues significaba la recuperación de la posición de privilegio perdida con el golpe de Estado. Dicha posición se encontraba vinculada fundamentalmente al régimen político, más que al modo de producción o proyecto socioeconómico en curso, en tanto él representa la provisión de espacios de representación política, de cargos dirigentes en el aparato de Estado, el reintegro a las universidades y la revalorización social de un saber y prácticas que se habían formado y moldeado para su aplicación desde el ámbito estatal. El propio Flisfisch da cuenta de los intereses en juego de los productores simbólicos de la élite:

«...el desplazamiento hacia la democracia es una estrategia de supervivencia impuesta por la propia fuerza de las cosas y que se basa en la necesidad de proteger algunos intereses muy

primarios de los científicos sociales involucrados. Desde este punto de vista, no es una orientación básica gratuita o desinteresada. Por el contrario, ella es extremadamente interesada, dando a la expresión su más preciso y hasta difamante significado. Esto no debería ser objeto de escándalo pues, en general, el tipo de conocimiento que aspiramos a producir y los campos de lo real donde enfocamos nuestra atención están estrechamente relacionados con experiencias históricas significativas. Ello nos impone ciertos intereses específicos y relega a un segundo lugar otros intereses que fueron dominantes en el pasado o podrían serlo en el futuro» (Flisfisch, 1987:17).

Lo concreto es que todas las energías y reflexiones de la élite estarán puestas en el problema del cambio de régimen político, escindido cada vez más de la reflexión crítica sobre el capitalismo y del conflicto entre proyectos socioeconómicos. Arrate, de manera retrospectiva, constata este hecho «Si usted relee todos los textos de los años 70, 80, no hay ni una palabra sobre el mercado...No hay mercado, y mientras tanto, es que es muy curioso, es que yo pienso ¡en qué mierda estábamos! Estaba Reagan, estaban los Chicago que estaban con todo, y nosotros estábamos en el tema de la democracia»²⁷.

Lo anterior se confirma si revisamos la producción del principal centro intelectual de la renovación: FLACSO – Chile. De los 824 Documentos de Trabajo producidos entre 1975 y 1995 (Bravo y Vargas, 1999), cuatro categorías: Democracia, Democratización, Transición a la democracia y Autoritarismo, reunían 158 trabajos²⁸, es decir, el 19,2% de toda la producción teórica, considerando la existencia de 518 temáticas. Por otro lado, seis categorías: Clases sociales (donde fusioné las categorías de Burguesía, Clase media, y Proletariado), Capitalismo, Socialismo, Dependencia, Revolución, y Proyecto Popular Alternativo, que podríamos decir corresponden a las temáticas privilegiadas del paradigma marxista y de un enfoque centrado en el conflicto entre proyectos socioeconómicos, reúnen sólo 42 trabajos, es decir, el 5,1% de la producción científica.

En este sentido, la década de los ochenta será testigo del progresivo distanciamiento en la articulación entre los objetivos asociados al conflicto por el régimen político por un lado, y al conflicto entre proyectos socioeconómicos, por

²⁷ Entrevista a Jorge Arrate realizada el 26 de diciembre de 2002.

²⁸ Los que están en más de una temática se cuentan sólo una vez.

otro, expresado primeramente en la disociación en el tiempo entre los momentos de recuperación de la democracia y del socialismo. Garretón así lo señala hacia 1983:

«...parece probable que en el caso chileno se disocie el momento de término del régimen autoritario y de transición a la democracia política del momento del "gran cambio social" o de creación de una nueva sociedad. Ello implica que la construcción de la democracia política tendría un momento de concertación y profesionalización política que puede frustrar grandes expectativas que surgen del renacimiento de la sociedad civil» (Garretón, 1983:206).

Se establecería así la preeminencia del cambio del régimen político y la subordinación a la consecución de éste de cualquier transformación económica en términos de su postergación en el tiempo hasta después de un momento de instalación de una clase política civil en el poder.

En el caso de la DC, ésta operaba «sobre el principio básico de que la democracia sólo es compatible con el capitalismo...[y] entiende que la eliminación de éste sólo podría traer el "totalitarismo marxista"» (Baño, 1985:128). Por otro lado, la democracia sería entendida únicamente en su definición formal circunscrita a los procesos electorales y garantía de derechos individuales, y no concebida como un proceso progresivo de democratización social y económica, como podía deducirse de la propuesta de socialismo democrático esgrimida por la izquierda renovada (Baño, 1985). En definitiva, si la opción representada por el socialismo renovado implicaba, de algún modo, disputar a los sectores propietarios la hegemonía, en el caso de la DC, su opción significaba aceptar la hegemonía establecida por la burguesía. Esta tensión será parte de la relación entre estas dos élites político-intelectuales que convergerán en la Alianza Democrática²⁹ (AD).

En el caso de la izquierda renovada, el marcado énfasis en el problema del régimen político, dados los intereses de la élite político-intelectual de la oposición agrupada en la AD, la preeminencia de la DC dentro del proceso político de la década de 1980, las limitaciones objetivas impuestas por la dictadura, el fracaso de la estrategia de lucha armada impulsada por el PC, y las influencias del contexto internacional, harán del socialismo, en el marco de la propuesta de

²⁹ Coalición formada en 1983 por distintos partidos de oposición, sustentada fundamentalmente en la alianza entre la DC y el PS renovado, y que será el antecedente de la Concertación de Partidos por la Democracia.

imbricación de democracia y socialismo, el componente débil del binomio. En tanto categoría y meta política que resumía la problemática socioeconómica, la explotación o injusticias en la distribución de las riquezas y el trabajo, será reemplazado por denominaciones más discretas hasta arribar hacia finales de la década de 1980 a la débil concepción de equidad esgrimida por los teóricos de la CEPAL (CEPAL, 1990).

Hacia 1986, la estrategia insurreccional y de lucha armada contra la dictadura, esgrimida por la izquierda más ortodoxa agrupada en el Movimiento Democrático Popular que conformaban el PC, el MIR y la facción del PS liderada por Almeyda, fracasará inapelablemente. La presencia de estas fuerzas era significativa en los sectores populares, cuya protesta, en el período más álgido comprendido entre 1983 y 1986, no se remitía únicamente a un anhelo de democracia, sino que articulaba un total rechazo a las políticas neoliberales del gobierno, con fuertes rasgos anticapitalistas y reivindicativos de un proyecto socialista. Dicho fracaso marcaría la desorientación política de estas fuerzas y consolidaría el liderazgo de la AD en el marco de la oposición y dentro de ella, de la DC.

A partir de estas definiciones, el cambio de posturas en la izquierda renovada entrará en una nueva etapa, menos vinculada a la renovación socialista propiamente tal, en tanto empresa ideológica, y mucho más ligada a la toma de decisiones respecto al proceso de transición que se desencadena al asumir la opción del plebiscito de 1988, tal como señala Tironi:

«La transición chilena tiene su base...en el período que va entre el 87 al 89, en el momento en que la oposición enfrentó el plebiscito como lo enfrentó...A eso me dediqué, y ahí mi cuestión ya no era la renovación socialista ni la Convergencia, sino la Concertación, la transición, una cuestión más nacional»³⁰.

Desde la imbricación entre democracia y socialismo se había recorrido un largo camino que daba como principal fruto la posibilidad de negociar con la dictadura la transición a un régimen democrático: «Esta intelectualidad, transformada en una especie de "intelectualidad orgánica de la democracia", reconduce el discurso del socialismo a casi la mera potencialidad de desarrollo del régimen democrático» (Baño, 1985:181-182).

³⁰ Entrevista a Eugenio Tironi realizada el 27 de febrero de 2003.

En este punto, y para el caso del socialismo, para muchos miembros de la izquierda renovada, ayudados por los acontecimientos que se sucedieron a partir de la caída del muro de Berlín y que culminarían con el colapso de la URSS, éste se convertiría en una idea obsoleta, y con ella, también la renovación socialista, tal como indica Brunner:

«Ahora, habría que pensar, repensar desde las categorías más fundamentales de análisis de la modernidad, desde las categorías de análisis propias de la sociedad capitalista, qué es lo que es la nueva estructura que está surgiendo en el mundo, pero frente a eso la renovación socialista es como una hebra frente a un tejido mucho más grande, y por lo tanto, ya desaparece, incluso desaparece como foco de interés, ya no hay un espacio político, intelectual ni cultural, donde tenga sentido, a mi juicio, y valga la pena seguir pensando un proceso que se llame siquiera renovación socialista»³¹.

La ruptura paradigmática con el marxismo se extenderá también a las principales categorías de análisis de lo social en un radical desplazamiento teórico que, a esas alturas, ya era común a casi toda la izquierda y ciencias sociales latinoamericanas. En dicha ruptura se evidenciará el influjo del liberalismo y el predominio del ámbito político escindido de consideraciones respecto a los condicionamientos de la estructura social y económica (Guido y Fernández, 1989), debilitándose con ello la posibilidad de pensar a las sociedades a partir de un principio articulador de dominación. Las clases sociales perderán su sitio en la reflexión y las categorías de ciudadanía y actores sociales las sustituirán en la referencia a los sujetos protagonistas de la dinámica societal.

En este contexto, el imperativo de la gobernabilidad impondrá una férrea disciplina a los movimientos sociales, bases partidarias, e incluso, a buena parte de la intelectualidad que aún articulaba un discurso con fuertes componentes críticos. La necesaria estabilidad política pregonada y el compromiso de no alterar las reformas estructurales que había impulsado la dictadura, aspectos que se habían asumido como condiciones para que los militares delegaran el poder (Portales, 2000), exigían necesariamente, en el plano teórico-ideológico, el exilio de concepciones que apelaran a grandes transformaciones sociales y sus concomitantes interpretaciones de la realidad social, tal como señala Tironi: «Y si hay que suspender la pretensión de hacer transformaciones estructurales, porque

³¹ Entrevista a José Joaquín Brunner realizada el 22 de enero de 2003.

ese es el precio que hay que pagar para no destruir la democracia, ese precio pasa a ser aceptado»³².

De este modo, la izquierda renovada cesará en consciencia toda práctica política y producción ideológica contrahegemónica. Evidentemente, en este contexto, ello implicaba consolidar la hegemonía de la burguesía y eclipsar la posibilidad de articular proyectos políticos desde la conformación de sujetos colectivos y de entender la democracia como una progresiva democratización política, económica y social.

BIBLIOGRAFÍA

Altamirano, Carlos

1978 “Dialéctica de una derrota”. Siglo XXI Editores S.A; México D.F., México.

Arrate, Jorge

1983 “El Socialismo Chileno: rescate y renovación”. Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile; Rotterdam, Holanda.

Baño, Rodrigo

1992 “De Augustus a Patricios, la última (do)cena política”. Editorial Amerinda; Santiago, Chile.

___1985 “Lo social y lo político, un dilema clave del movimiento popular”. FLACSO; Santiago, Chile.

Bourdieu, Pierre

2000 “Intelectuales, Política y Poder”. Editorial Universitaria de Buenos Aires; Buenos Aires, Argentina.

Bravo, María Inés y Vargas, Claudia

1999 “Documentos de Trabajo 1975 – 1995: Bibliografía Analítica”. FLACSO; Santiago, Chile.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)

1995 “Constitución política de la República de Chile de 1980”. Ediciones Publibey, Santiago, Chile.

³² Entrevista a Eugenio Tironi realizada el 27 de febrero de 2003.

___1990 “Transformación productiva con equidad”. CEPAL; Santiago, Chile.

Duverger, Maurice

1994 “Los partidos políticos”. Fondo de Cultura Económica Ltda.; Santafé de Bogotá, Colombia.

Flisfisch, Ángel

1991 “La preferencia democrática del socialismo”. En: Núñez, Ricardo (compilador). “Socialismo: 10 años de renovación. 1979-1989: el adiós al marxismo-leninismo”. Ediciones del Ornitorrinco, Tomo II; Santiago, Chile.

___1987 “La Política como compromiso Democrático”. FLACSO; Santiago, Chile.

Garretón, Manuel Antonio

1983 “El proceso político chileno”. FLACSO, Santiago, Chile.

Guido, Rafael y Fernández, Otto

1989 “El Juicio al sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina”. En: *Revista Mexicana de Sociología*, año 52, vol. 4.

Marx, Karl

1969 “Sobre la cuestión judía”. Ediciones Coayacán; Buenos Aires, Argentina.

Moulián, Tomás

1993 “El marxismo en Chile: producción y utilización”; En: Brunner, José Joaquín, Hopenhayn, Martín, Moulián, Tomás, Paramio, Ludolfo. “Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile”. FLACSO; Santiago, Chile.

Ottone, Ernesto y Muñoz, Sergio

2008 “Después de la quimera”. Random House Mondadori S.A.; Santiago, Chile.

Portales, Felipe

2000 “Chile: una democracia tutelada”. Editorial Sudamericana Chilena; Santiago, Chile.

Documento Inédito

Acta de la cuarta sesión del Seminario de la Convergencia Socialista; Santiago, Chile, Mayo de 1980.

Recibido: Marzo de 2016

Aceptado: Julio de 2016